

LA POLITICA INTERNACIONAL DURANTE LOS MESES DE MARZO Y ABRIL DE 1959

HACIA LA CONFERENCIA DE MINISTROS.

El día 2 de marzo el Gobierno soviético hizo entrega a los representantes de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia de sendas notas de contenido similar, en contestación a las comunicaciones occidentales de 16 de febrero. Con igual fecha, otra nota era presentada al embajador de la República federal alemana en Moscú por el ministro de Asuntos Exteriores, Gromiko, como respuesta a las notas de Bonn de 5 de enero y 16 de febrero.

En las notas del 2 de marzo, la Unión Soviética aceptó la conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores propuesta por las tres potencias. No importa que pocos días antes, el 24 de febrero, en un violento discurso electoral, Kruschev atacara, entre otras cosas, aquella iniciativa occidental. Moscú, en efecto, contra lo que algunos observadores habían predicho, dió su aceptación, proponiendo a su vez que a ella asistieran, junto con los representantes de los tres Gobiernos occidentales y los representantes de las dos Alemanias, los ministros de Asuntos Exteriores de Polonia y Checoslovaquia. En esta conferencia, según el punto de vista soviético, debía tratarse exclusivamente del Tratado de paz con Alemania y de la cuestión de Berlín. Por estimar que aquellas dos principales cuestiones se encuentran en un estado de madurez que permite una solución, "el Gobierno soviético considera oportuno fijar un límite de tiempo de no más de dos o tres meses para los trabajos de la conferencia de los ministros de Asuntos Exteriores". En cuanto a la sede y la fecha, se proponen las ciudades de Viena y de Ginebra, y el mes de abril.

La actitud soviética fué juzgada por la prensa comunista como un "acto de buena voluntad", en tanto que en la prensa occidental se especulaba acerca de las razones o causas de una aceptación que, pese a la cautela con que se formulaba, venía a implicar de alguna manera una concesión a sus contrarios. La sensación de desconcierto que la U. R. S. S. sabe provocar en el mundo occidental con sus bruscos zig-zag políticos se hizo presente una vez más. Pero como la preocupación occidental era grande en aquellos días y Kruschev había ratificado recientemente en términos violentos su ultimátum sobre Berlín, la opinión se inclinó fácilmente a una interpretación optimista. Parecía que en Moscú se daba un paso distensivo, de acercamiento de posiciones, y que, sobre todo, se abría una puerta que daba acceso a negociaciones sobre el problema entero de Alemania.

Sin embargo, la aceptación soviética estaba presentada de una manera hábil que, de prosperar, llevaría a los occidentales a entrar en un diálogo dando por buenas las condiciones soviéticas. Por lo pronto, la introducción en la conferencia de Polonia y Checoslovaquia, y junto con esto la presentación de la Alemania del Este como participante de pleno derecho junto con los representantes de las otras potencias. No era difícil apreciar que la U. R. S. S. llamaba a participar a los hombres de Pankov con un carácter muy distinto a como habían propuesto antes los occidentales. Pero, sobre todo, la cuestión del orden del día: sería limitado al tratado de paz con Alemania, discutiéndose el proyecto elaborado por Moscú, y a la cuestión de Berlín. Los

temas de la seguridad europea o del control de armamentos deberían dejarse para la conferencia de alto nivel y, desde luego, quedaba excluida la discusión acerca de la reunificación germana.

Parece completamente acertada la interpretación dada por el periódico socialista alemán *Neue Rhein Zeitung* (día 3 marzo): "La nota soviética forma parte de un plan estratégico de conjunto que busca perpetuar la división de Alemania. El Occidente va a ser obligado a aceptar la discusión del tratado de paz con potencias que no tienen ninguna responsabilidad directa en la cuestión alemana."

La diplomacia occidental trabaja desde hace meses con la vista fija en la fecha del 27 de mayo. El ultimátum no ha sido retirado y es necesario que antes de esa fecha los ministros, una vez que Moscú ha dado su asentimiento, se reúnan sin que el orden del día genere peligrosas dilaciones. Esa necesidad de negociar está en la base de la actitud británica en estos meses de grave crisis. Y también en eso se apoyan los temores del Gobierno de Bonn.

El viaje de MacMillan a Moscú, del 21 de febrero al 3 de marzo, al que explícitamente se quiso despojar de todo carácter que no fuese exclusivamente británico, obedeció a un propósito exploratorio. Pero no fué bastante para calmar los temores de una aproximación británico-soviética que viniese a romper la unidad aliada y, sobre todo, a poner en una posición difícil al canciller Adenauer. La verdad es que los resultados fueron bien magros. El comunicado del día 3 hablaba claro de las diferencias, y el único punto en que el acuerdo saltaba a la vista era en el reconocimiento de la gravedad de la situación.

Sin embargo, conociendo la línea de flexible política patrocinada por Londres, se quiso ver en el viaje del primer ministro británico uno de los factores determinantes de la aceptación soviética antes aludida. Recién regresado de su viaje a la U. R. S. S., nuevos datos procedentes de más allá del telón de acero parecieron confirmar la sospecha de un descenso de la tensión, como si se quisiera preparar por el lado soviético un clima favorable a las negociaciones que se avecinaban. En este sentido fueron recogidas en el mundo occidental las declaraciones hechas por Kruschev, en Leipzig, los días 4, 5 y 6 de marzo o las conversaciones del primer político soviético con Ollenhauer el 9 de marzo.

No es de extrañar que los días siguientes al regreso de MacMillan se señalaran por una intensa actividad diplomática occidental; Adenauer y De Gaulle se reunieron en París los días 3 y 4 de marzo. En ambos interlocutores se daba en alto grado un sentimiento de recelo y aun hostilidad por la visita británica a la capital de la U. R. S. S. Para calmar tales temores, muy fundados por parte alemana, el *premier* se entrevistó sucesivamente, del 9 al 14 de marzo, con Adenauer y con el presidente De Gaulle. Es fácil comprender que si la hora forzaba necesariamente a encontrar una posibilidad de negociar antes de que el mes de mayo se echara encima, y si el viaje de MacMillan a Moscú había permitido, más o menos, acordar con los soviéticos que ante todo debía negociarse, ni Adenauer ni De Gaulle podían llevar sus recelos hasta el extremo de constituirse en obstáculo para el rumbo que los preparativos de la conferencia ministerial habían tomado después de la nota soviética del 2 de marzo. Esto, naturalmente, al margen de evidentes diferencias de criterio en cuanto al fondo entre Londres y Bonn. Era, pues, urgente, mediante esas visitas personales, y las que luego se siguieron a Ottawa y Washington, preparar una contestación occidental en que la unidad de acción fuera el todo. Pero para esa unidad parecía constituir un obstáculo verdadero el que la Gran Bretaña había andado demasiado camino por la vía del "disengagement" europeo. Según la tesis sostenida ahora por Londres, que enlaza perfectamente con la mantenida en los días del plan Eden de 1954, no se trata de encontrar la solución al problema alemán preconizando un vacío militar europeo en el que el país germano quedara incluido, sino llegando a un acuerdo entre los dos bloques para reglamentar la situación militar sobre la base de un equilibrio de fuerzas. "El primer elemento de una Europa estable es una Alemania reunificada en condiciones militares que no impliquen perjuicio para la U. R. S. S.", había ya dicho el 4 de diciembre Selwyn Lloyd en la Cámara de los Comunes. Esta reglamentación militar de la cuestión sería, a los ojos de Londres, un complemento necesario a la reglamentación política que, de

este modo, podría ser abordada sin levantar las suspicacias soviéticas. En cuanto al método de la negociación, Gran Bretaña defiende la consideración gradual, y no global, de los distintos problemas. Ante esta tesis británica, que no logra desvanecer el fantasma de la neutralización alemana, objetivo señalado por la política de Moscú, lo más importante era conocer con precisión el pensamiento de Washington después de los acontecimientos diplomáticos a que nos hemos referido más arriba. En vísperas de la llegada de MacMillan a América del Norte, el 16 de marzo, el presidente Eisenhower dirigió un mensaje a su pueblo, cuya importancia debe ser subrayada. Dijo allí el presidente norteamericano que la crisis actual planteada con motivo de las exigencias soviéticas sobre Berlín, no permitía sino tres caminos: o someterse a las pretensiones de Moscú, la cual es inaceptable para los occidentales, o la guerra, lo cual debe ser inaceptable para todos, o las negociaciones. Frente a estas tres posibilidades la posición de los Estados Unidos es la siguiente: "no cederemos ni un centímetro en aquéllo que constituye nuestro deber. Continuaremos ejerciendo nuestro derecho de paso pacífico de o para Berlín occidental. No seremos los primeros en infringir la paz; son los soviéticos los que amenazan con recurrir a la fuerza para impedir tal paso libre. Estamos dispuestos a participar plenamente en todo esfuerzo sincero de negociación que respete los derechos existentes de todos y la posibilidad de vivir en paz".

Posición que podía resumirse así: negociación, pero sin debilidades que favorezcan las concesiones. Por ello puede creerse que en Washington, pese a las afirmaciones de MacMillan a su regreso a Londres el 24 de marzo, fué limada considerablemente la orientación de flexible adaptación preconizada por la Gran Bretaña.

Dos días después, el 26 de marzo, los Gobiernos de los Estados Unidos, la Gran Bretaña y Francia remitieron al de la U. R. S. S. sus notas de contestación, prácticamente iguales entre sí, a la comunicación del 2 de marzo. En contraste con la laboriosa preparación diplomática que había precedido, las respuestas de las tres potencias se caracterizan por su brevedad. Se limitan a precisar su propuesta de una conferencia de ministros, una vez que la U. R. S. S. ha dado su aceptación, en los términos siguientes: la reunión podría celebrarse en Ginebra el 11 de mayo, "para examinar las cuestiones relativas a Alemania, especialmente la conclusión de un Tratado de paz con Alemania y la cuestión de Berlín". Se proclama como objetivo de la reunión llegar a un acuerdo real o a una aproximación de puntos de vista que permita "la preparación de proposiciones constructivas destinadas a ser examinadas más tarde, en el curso del verano, por una conferencia de jefes de Estado". Se reconoce que Polonia y Checoslovaquia están interesadas en la solución de algunos de los problemas que han de ser abordados, pero la conferencia debe limitarse a las cuatro potencias responsables de Alemania. Los representantes de las dos Alemanias serán invitados a título consultivo.

El día 30 de marzo contestaba el Gobierno de Moscú dando su asentimiento a cada uno de los puntos precisados por los occidentales. Pero en esta comunicación se hace una observación sobre la cuestión de los participantes que no deja de entrañar una amenaza sobre la suerte de la reunión ministerial en cuanto que permite a la Unión Soviética una clara oportunidad de maniobra obstruccionista: se deplora que no se acepte de entrada la participación polaca y checa, pero "el Gobierno de la U. R. S. S. considera posible resolver la cuestión de su participación en la conferencia misma...".

Todo estaba, pues, acordado entre los dos bloques para la conferencia de ministros. El mes de abril había de ser dedicado por unos y otros para la tarea preparatoria de un tan importante como esperado encuentro. El 27 y 28 de abril se reunieron con ese fin en Varsovia los ministros de Asuntos Exteriores de los países miembros del Pacto de Varsovia, siendo de notar la asistencia del viceministro chino de Asuntos Exteriores, por cuanto venía a significar que el bloque comunista quería aparecer completo a la hora de tratar los graves problemas europeos. El 29 comenzaban en París las conversaciones preparatorias de los ministros occidentales, incluido el de la República federal. El comunicado final de Varsovia muestra la uniformidad de criterio, como que en realidad sólo se trata del de Moscú, del lado comunista. Los primeros contactos ministeriales de París traducen, sin embargo, pese a la evidente identidad de propósito, las diferencias y matices que se han venido perfilando en el curso de los últimos

meses y que enlazan con posiciones políticas mantenidas hace mucho más tiempo. A las puertas del decisivo mes de mayo parece que la tesis más realista de Washington prevalece sobre la flexible de Londres. Adquiere más relieve la línea política sostenida por la Casa Blanca, que parte de la necesidad de plantear, globalmente, el problema de Europa: reunificación y seguridad europea.

Entre tanto, Moscú se ha entregado, como podía presumirse, a una campaña de propaganda indirecta o de diversión ante la inminencia de la Conferencia, con el propósito inmediato de desprestigiar la política occidental ante al opinión pública mundial.

El día 5 de abril Moscú envió una nota a Washington protestando por los vuelos de aparatos norteamericanos por encima de los tres mil metros en el corredor aéreo entre la Alemania Occidental y Berlín. El 16 del mismo mes una nueva nota de protesta dirigida al Gobierno noruego reiteraba viejas admoniciones por el establecimiento en el territorio de ese país de bases militares extranjeras al servicio de la O. T. A. N. El 21, otras notas sobre el mismo tema eran remitidas a los Gobiernos de Bonn y de Washington, poniendo el acento sobre la instalación de rampas de lanzamiento en Europa. El 28, Italia es la destinataria de otra nota de protesta.

Al terminar el mes de abril, el clima mundial es de gran expectación. La Conferencia de ministros, preparación de las preparaciones de la Conferencia "cumbre", es inminente. Ginebra, otra vez, es el escenario. Los problemas son graves, muchos y complejos. Pocas esperanzas sobre la voluntad de negociar soviética, y los occidentales claramente divididos en flexibles (Gran Bretaña) y rígidos (Alemania federal y Francia), quedando Estados Unidos en una posición que busca tanto el equilibrio como la firme consecuencia con su política anterior. La incógnita reside en la personalidad de Herter, nuevo secretario de Estado, enfrentado con la dura responsabilidad de suceder a Foster Dulles.

EL DÉCIMO ANIVERSARIO DE LA O. T. A. N.

En las actuales dramáticas circunstancias, cuando el difícil equilibrio de las potencias y la precaria paz que el mundo ha heredado de la II Guerra Mundial están de nuevo gravemente amenazados, la celebración del X aniversario de la O. T. A. N. parece bien oportuna. Porque si la Organización atlántica nació el 4 de abril de 1949, como reza el preámbulo del Tratado de Washington, de la decisión de "salvaguardar la libertad" de los pueblos que constituían la alianza, y del propósito firme de oponer un sólido dique a la expansión soviética y neutralizar la amenaza comunista que se cernía sobre Europa, en ningún momento la existencia de tal sistema defensivo se muestra más necesaria que al presente. Diríase que Moscú había preparado su ofensiva berlinesa para poner a prueba la capacidad y la eficacia de la estructura defensiva levantada por sus adversarios hace diez años.

En el curso de los dos lustros transcurridos, la O. T. A. N. ha prestado un servicio indudable a la paz del mundo. Diez años son muchos en un tiempo como el nuestro, de grandes transformaciones científicas, técnicas y políticas. De aquí que la O. T. A. N. haya tenido que hacer frente a dificultades considerables y atravesar periodos de dura prueba. Durante este decenio la situación militar ha evolucionado. Ha desaparecido el monopolio atómico norteamericano, la Unión Soviética cuenta en su haber con éxitos resonantes en su desarrollo técnico, especialmente en cuanto a proyectiles intercontinentales, aunque los Estados Unidos hayan incrementado sus posibilidades defensivas con los submarinos atómicos, que han venido a darles el triunfo en el nuevo frente abierto: el ártico. Por lo demás, el desnivel en fuerzas y armamentos convencionales persiste, lo que quiere decir que la situación se ha agudizado a favor de los soviéticos.

Todo esto, junto con las graves crisis sufridas en las relaciones internacionales con repercusión sobre las interaliadas, han forzado a la Organización atlántica a reajustes, a revisión de los puntos de vista de sus miembros, con objeto de hacer prevalecer la unidad, en la que ha de ponerse siempre la clave de su eficacia, por encima de las divergencias de intereses y las consiguientes tendencias al autonomismo.

La ocasión ha sido propicia a los balances. Pero dejando aparte toda discusión de si la O. T. A. N. ha alcanzado sus objetivos inmediatos o no, o sobre si su actividad o la conducta de sus miembros aisladamente han respondido en cada momento a las situaciones planteadas, creemos que no se puede desconocer que la O. T. A. N. ha prestado un alto servicio moral de indudable valor práctico: sostener el espíritu defensivo del mundo occidental, hacer caminar a los pueblos por la vía de una integración de esfuerzos, lo que sin ella es difícil pensar que se hubiera conseguido, aun dando por bueno que los esfuerzos hechos por cada país no han estado siempre a la altura de las circunstancias. Cierto que junto a ese servicio moral debe exigirse a la O. T. A. N. un resultado constructivo, pero las críticas que en este orden de la eficacia se hagan no deben formularse sin dejar de considerar lo que en un mundo como el que existe a partir de 1945 hubiera supuesto la ausencia de esta estructura defensiva que es la O. T. A. N.

Al cumplirse el décimo aniversario, el Consejo Atlántico se ha reunido en Washington del 2 al 4 de abril, pronunciando en la sesión inaugural un discurso el presidente de los Estados Unidos. Sus palabras trazaron un balance optimista de lo conseguido hasta hoy, pero no olvidando de señalar que todavía en los años venideros será muy necesaria la capacidad de sacrificio, el valor y la perseverancia de sus miembros. Precisamente esta reunión atlántica, celebrada a una distancia de días de la apertura de la Conferencia de Ginebra, debía servir para preparar las armas para una nueva y dura campaña diplomática que pondrá a prueba la política defensiva y de contención a que sirve la Organización. Una vez más, la consecución de una firme unidad aparece como el objetivo inmediato a conseguir. Las diferencias entre rígidos y flexibles que han venido adquiriendo relieve en los últimos meses no son buen augurio de una posición sólida frente a los soviéticos. Parece, sin embargo, que en Washington se ha conseguido un acercamiento de posiciones, si nos atenemos a los términos del comunicado final, y se puede hablar de una posición común, al menos de principio, frente a los problemas planteados: decisión de no ceder ante las amenazas de modificación unilateral del estatuto de Berlín, oposición a la neutralización de Alemania, repudiación de cualquier medida de "disengagement" que conduzca a un rompimiento del equilibrio militar y político de Occidente.

No obstante, la unanimidad que el comunicado proclama no debe hacer caer en el olvido que la superación de los puntos de vista particularistas no se ha de alcanzar sólo en los momentos límites, cuando se avecina un choque diplomático con el enemigo. Es necesario que esa unidad se haga presente de manera constante, con perseverancia. Esto es difícil, ciertamente. En el pasado mes de marzo, el Gobierno francés, por ejemplo, dió a conocer su decisión de sustraer, en caso de conflicto, una parte de sus fuerzas navales en el Mediterráneo al mando de la O. T. A. N. Esta decisión no constituye una sorpresa porque Francia había rechazado ya en los últimos meses la instalación de bases de proyectiles teledirigidos si éstas no quedaban bajo el control francés, en vez de bajo el de la Organización atlántica, y tampoco había permitido la integración de sus fuerzas aéreas tácticas. La razón de esta actitud francesa no es otra que la oposición, tantas veces comentada, entre integración y cooperación.

El Gobierno del General De Gaulle se ha inclinado muy decisivamente por la segunda, porque quiere que se respete la integridad de sus propias fuerzas, manteniendo Francia por sí misma el control directo sobre ellas. Intervienen aquí razones, posiblemente legítimas, de prestigio político y de defensa nacional que entran en conflicto con el criterio sustentado por los altos jefes militares de la O. T. A. N., atentos únicamente a los intereses superiores de la causa común.

Lo que aquí interesa destacar es que la unidad de los miembros de la alianza sólo se mantiene mediante un esfuerzo continuado y difícil, permanente debilidad de Occidente frente a la unidad monolítica que el mundo comunista, sometido a los dictados de Moscú, presenta. Por eso la última decisión francesa a que hemos aludido ha sido calificada de inoportuna, por la influencia psicológica desfavorable sobre aliados y adversarios, en estos momentos tan críticos, y nada tiene de extraño que las censuras más duras hayan sido formuladas en los Estados Unidos y en la Alemania federal.

EL VICÉSIMO ANIVERSARIO DEL PACTO IBÉRICO.

El 17 de marzo se han cumplido veinte años de la firma, en Lisboa, del Tratado hispano-luso, conocido con el nombre de Pacto Ibérico. Con justicia se ha podido decir que esta celebración significa la consecución de un récord notable en la longevidad de un tratado de alianza, que se remonta a los días anteriores a la II Guerra Mundial.

De la firme convicción de que el mantenimiento de la paz entre los dos Estados peninsulares constituía un factor importante de la paz de Europa y de que la conclusión de un tratado de amistad y no agresión entre España y Portugal era un acto diplomático que proclamaba la sincera amistad y la comunidad de sentimientos e intereses de dos pueblos hermanos, nació este Pacto que ahora no sólo ha celebrado su vigencia durante cuatro lustros que han visto cuartearse tantas alianzas y compromisos internacionales, sino que además queda automáticamente prorrogado en cumplimiento de lo previsto en su artículo 5.º

Ya el 20 de septiembre de 1948, seis meses antes de que el período de su normal validez finalizase, fué prorrogado por otros diez años mediante un segundo Protocolo Adicional. Y en aquella ocasión se declaró que el Tratado de 1939 y su primer Protocolo de 1940 se habían "revelado durante su vigencia como valiosos instrumentos de colaboración peninsular y de actuación internacional de ambas naciones y conservan sus respectivas disposiciones toda su actualidad".

Lo mismo cabe afirmar hoy. El Pacto Ibérico ha sido una alianza sincera, nacida de un profundo sentir de hermandad y cooperación, en una hora difícil para el mundo y preñada de amenazas para todos los pueblos, en especial los europeos. Por lo mismo, si bien ha beneficiado en primer lugar a los dos Estados signatarios, ha servido también de manera sobresaliente a la paz y la seguridad del mundo occidental, al garantizar de forma solemne la armonía en las políticas y la firme y mutua voluntad de paz y de resistencia a los ataques contra la integridad o inviolabilidad de sus territorios de dos países a los que la geografía ha puesto en uno de los puntos de más alto valor estratégico del mundo occidental.

Sirvió para robustecer la decisión de mantener una difícil neutralidad en los largos días de la segunda conflagración mundial y, luego, cuando la profunda ruptura entre la Unión Soviética y sus antiguos aliados no fué bastante para hacer volver a éstos de la política insanamente antiespañola proclamada en Potsdam y reanudada en el seno de la propia O. N. U., manteniendo a España al margen del sistema defensivo occidental, el Pacto Ibérico fué una garantía de que nuestra patria, por su alianza con Portugal, prestaba su concurso indirecto a la estructura de contención que se comenzaba a levantar frente al enemigo común.

Años después, en 1953, en virtud de los Acuerdos hispanonorteamericanos, España se incorporó ya directamente al cinturón defensivo patrocinado por los Estados Unidos, aun permaneciendo fuera de la Organización atlántica, pese a la insistencia con que Lisboa, desde el año 1949, pidió que se considerase el ingreso de España en la alianza. La obcecación de varios países, en los que la hostilidad a nuestra Patria por parte de los partidos socialistas influía de manera decisiva sobre las determinaciones de los Gobiernos, mantuvo un veto que estaba en contradicción con el espíritu anticomunista del Tratado de Washington y con las necesidades estratégicas de Occidente. Ahora, muy recientemente, se ha abierto camino una actitud muy distinta en la que no han faltado manifestaciones procedentes de la Francia de De Gaulle.

Al margen de esta evolución, y de las conclusiones a que conduzca, el Pacto Ibérico ha continuado y ha de continuar como una de las alianzas más sólidamente establecidas, garantía de una colaboración internacional cuyos beneficios están en concordancia con la importancia que los dos países ibéricos tienen en cuanto países atlánticos y mediterráneos y punto límite de contacto entre Europa y el mundo árabe occidental y norteafricano.

HERTER, NUEVO SECRETARIO DE ESTADO.

El 15 de abril el presidente Eisenhower anunciaba la dimisión de John Foster Dulles de su cargo de secretario de Estado. Era el fin de una carrera política iniciada en los primeros años del siglo, que había alcanzado su máximo galardón, después de atesorar gran experiencia y haber prestado valiosísimos servicios, con el nombramiento, en enero de 1953, para el puesto director de la Secretaría de Estado. Foster Dulles, en el curso de los difíciles años en que ha asumido todo el peso de conducir la política exterior norteamericana, se ha manifestado como un hombre entero, fiel a sus principios, duro contrincante en la política con los políticos de Moscú. Su misma rigidez, patrocinadora de una política de fuerza frente a la Unión Soviética, ha suscitado, sobre todo en los últimos años, críticas acerbas incluso dentro de los Estados Unidos. Pese a todo, en el momento de desaparecer de la escena política, la gran mayoría de los comentaristas rinden un tributo de admiración al viejo luchador, que ha sabido defender la integridad del mundo occidental hasta el pie del lecho que le ha recogido vencido por una grave enfermedad.

Pero lo que presta mayor interés a su desaparición es el momento internacional preciso con el que aquélla viene a coincidir. Nuevamente se encuentran los occidentales enfrentados con los soviéticos en una complicada batalla diplomática, en la que los temas a tratar—la unificación alemana, la conclusión de un tratado de paz, la seguridad europea, la reducción de los armamentos, la posibilidad de una neutralización germana, el estatuto de Berlín—son aquéllos ante los que Dulles se había siempre pronunciado con su característica rigidez, fiel a la idea central de todo su criterio político: cuanto más firme se presente el Occidente ante la Unión Soviética, será ésta más fácilmente inclinada a ceder; cuanto más dispuesto esté Occidente a las concesiones, más dura se hará la actitud comunista.

De aquí que la actual situación, determinada por la iniciativa moscovita sobre Berlín del pasado noviembre, esencialmente fluida y dinámica, de negociaciones que no permiten partir de un inmovilismo político sin condenar las razones mismas que mueven a la negociación, sea precisamente de revisión del criterio político del hombre protagonista fundamental de toda la etapa anterior.

Dramáticos días para él, el ex-secretario de Estado, forzoso espectador de una Conferencia en la que sin duda se ha de marcar una nueva hora de la política norteamericana.

Comentando la desaparición de Foster Dulles, el conservador británico *Daily Telegraph* escribía al día siguiente del anuncio hecho por Eisenhower: "... La salida de mister Dulles en este momento crítico deja en las filas occidentales un vacío que será difícil de llenar, y muy fácil de explotar por Krushev..."

En efecto, la situación crítica del mundo, cara a la Conferencia ginebrina de ministros, hacía más difícil y comprometido para Washington el problema de la sustitución.

Para unos, la actitud inflexible de Dulles había permitido eliminar el peligro de la guerra y preparado una posición fuerte desde la que se podía abordar el peligro de las negociaciones; su rigidez insobornable era el secreto que había facilitado la coherencia del mundo occidental a despecho de tantas vicisitudes y amenazas. Para otros, en muchos puntos coincidentes con el juicio comunista, Dulles era el representante de una línea política que era necesario abandonar, no tanto por peligrosa como por ineficaz, dado que la cristalización de un *statu quo* robaba de las manos de los occidentales toda posibilidad de iniciativa; rigidez negativa que hacía subir el termómetro de la tensión internacional sin debilitar por ello las posiciones de Moscú; junto a todo esto, se decía, Dulles ha introducido el culto de la personalidad en el dominio de la política exterior norteamericana, con todas las secuelas que esto implica.

Estas argumentaciones, que se habían hecho más frecuentes desde los días finales de 1957 en que Kennan polemizó desde los micrófonos de la B. B. C., han hecho pensar a algunos que el sustituto de Dulles debía unir a la experiencia en los asuntos interna-

cionales la aptitud para negociar, la flexibilidad de criterio, la capacidad necesaria para amoldarse a nuevas fórmulas sin obedecer a criterios cerrados.

De todos los nombres que hace unas semanas se daban, el de Herter era el más repetido. Y, en efecto, el 18 de abril el presidente Eisenhower anunció en Augusta (Georgia) su nombramiento como nuevo secretario de Estado. No faltaban títulos a Christian A. Herter para recibir la herencia de Foster Dulles. Desde diciembre de 1956, en que fué designado como subsecretario de Estado, había sido uno de los hombres de confianza de Dulles en el Departamento. Su trabajo en tan destacado puesto le valió ser considerado como uno de los más eminentes internacionalistas del partido republicano y, como ha señalado el *New York Herald Tribune* (edición americana, día 19) "sus conocimientos y convicciones han contribuido a determinar la política y la orientación del partido republicano". Su nombramiento fué confirmado el día 21 por el Senado por 93 votos a favor y ninguno en contra. Respecto a su futura gestión se ha señalado el favor de que goza en el Congreso, incluso entre los dirigentes demócratas, tal el senador J. W. Fulbright, presidente demócrata de la Comisión senatorial de Relaciones Exteriores, antiguo amigo suyo, que desde hacía semanas defendía públicamente su candidatura.

MANIFESTACIONES DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE ESPAÑA.

El día 17 de abril regresó a Madrid, procedente de Londres, el ministro español de Comercio, don Alberto Ullastres, después de una visita de cuatro días a la capital británica, en donde mantuvo conversaciones con diversas personalidades de la Gran Bretaña relacionadas con asuntos de su Departamento.

Ya en el pasado enero don Alberto Ullastres realizó otro viaje a París en el curso del cual se entrevistó con su colega francés, con el ministro de la Alemania federal, Erhard, y con destacadas autoridades de la O. E. C. E. Ahora, durante su estancia en el Reino Unido, el titular del Ministerio de Comercio ha abordado en sus conversaciones, aparte de otras cuestiones económicas, la posibilidad de que España se convierta en miembro de la Organización Europea de Cooperación Económica, y las dificultades con que tropiezan los exportadores británicos a España y los españoles a Gran Bretaña. El comunicado facilitado al respecto por el Ministerio británico de Comercio, informó haberse llegado a un amplio acuerdo entre el ministro español y el británico, sir David Eccles, así como con el secretario de Economía del Tesoro, J. Erroll. Por su parte, el señor Ullastres ha manifestado que el comercio anglo-español se verá "grandemente incrementado" como resultado de sus conversaciones oficiales en Inglaterra.

Por esas mismas fechas se han celebrado en Madrid otras conversaciones de importancia, que lógicamente han atraído la atención de los observadores internacionales y suscitado abundantes comentarios de prensa. Nos referimos a la presencia en la capital de España del primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores de Marruecos, Sid Abdallah Ibrahim, del 10 al 15 de abril, y del 16 al 18 del mismo mes del primer ministro de Turquía, Adnan Menderes, acompañado del ministro de Asuntos Exteriores, Rustü Zorlu.

Por lo que a la primera de estas visitas se refiere, debe insertarse dentro del desarrollo normal de las conversaciones hispano-marroquíes iniciadas después de otorgarse la independencia de nuestro antiguo protectorado para resolver los muchos problemas de ella nacidos. "España y Marruecos tienen problemas que esperan una solución amistosa", ha declarado el jefe del Gobierno de Rabat a su llegada a Tánger de regreso de Madrid. Con ese fin de alcanzar una solución satisfactoria se ha acordado la designación de una Comisión mixta que deberá reunirse desde el día 3 de mayo para considerar las medidas que han de ser adoptadas.

Los ministros turcos permanecieron en España del 15 al 19 de abril, invitados por el jefe del Estado español y su Gobierno. Las conversaciones políticas se desarrollaron en la capital de España los días 16 y 17. El comunicado conjunto aludía a éstas señalando "la identidad completa de puntos de vista de los dos Gobiernos y su

mutuo convencimiento de que la solidaridad entre los pueblos del mundo libre es hoy más que nunca necesaria para el mantenimiento de la paz mundial y la independencia de los pueblos”.

Resultado de esta visita ha sido la firma, en cumplimiento de lo convenido en 1956 con ocasión de la visita a Turquía del entonces ministro de Asuntos Exteriores, Martín Artajo, de un Tratado de Amistad entre los dos países, por el que se deroga el de 27 de noviembre de 1924. El nuevo texto diplomático proclama la amistad perpetua entre ambas partes, que convienen en reforzar sus relaciones mediante la negociación de Convenios y Acuerdos consulares y comerciales sobre aviación civil, propiedad literaria e industrial, el establecimiento, la asistencia judicial y otras materias que se juzguen convenientes para sus intereses.

Este Tratado viene, pues, a completar la serie de textos en vigor que regulan las relaciones entre los dos países: Tratado hispano-turco de Conciliación, Arreglo Judicial y Arbitraje de 28 de abril de 1930; Acuerdo cultural de 29 de marzo de 1956 y Convenios Comerciales reguladores de los intercambios comerciales hispano-turcos.

LA C. E. C. A. ANTE LA CRISIS CARBONÍFERA.

Marzo y abril han sido dos meses decisivos en el desarrollo de la crisis carbonífera que desde hace meses amenaza la vida de la Comunidad del Carbón y del Acero. Se está en presencia de un fenómeno complejo que alcanza a todos los países europeos productores de carbón y que ha determinado un peligroso almacenamiento de mineral. Las estadísticas de producción venían ya anunciando el volumen adquirido por la crisis, de suerte que las consecuencias que de esta situación se deberían seguir eran motivo de grave preocupación de los Gobiernos y de la Alta Autoridad luxemburguesa, sin que los intentos de esta última por llegar a una coordinación de las políticas nacionales encontraran el eco adecuado. A principios de febrero el Gobierno belga adoptó unas medidas que inmediatamente provocaron reacciones sociales verdaderamente alarmantes como consecuencia del paro de un número considerable de mineros.

Estas derivaciones forzaban a los Gobiernos interesados, y sobre todo a la Alta Autoridad, a tomar resoluciones definitivas antes de que los males fueran mayores.

La gravedad de la situación le había inclinado a ir a la declaración del estado de “crisis manifiesta” para poder hacer uso de los recursos que el Tratado pone a su disposición en tal emergencia. Pero para aplicar esa política la Alta Autoridad necesita del previo acuerdo en Consejos de Ministros de cuatro de los seis países, mayoría que ha de comprender al menos un país que represente el 20 por 100 de la producción comunitaria, esto es, Alemania o Francia. Sin embargo, los resultados obtenidos a fines de febrero por las conversaciones desarrolladas cerca de los Gobiernos de Bonn, París e Italia permitieron conocer que no se podía contar con el apoyo de estos países. Por ello el comunicado hecho público el 5 de marzo por la Alta Autoridad, si bien proponía a los seis países y al Comité Consultivo la adopción de medidas de emergencia (aplicación de un régimen de cuotas para reducir la producción y limitación de las importaciones, principalmente), se evitaba el empleo del término “crisis manifiesta”.

El 17 de marzo esas medidas eran sometidas al Comité Consultivo, obteniendo un resultado enteramente negativo, como era de prever, por 38 votos contra 7 y 3 abstenciones. Concretamente, Alemania prefiere abordar la crisis con una política propia y Francia es netamente hostil a cualquier reducción de la producción y nada inclinada a aceptar medidas de cuño supranacional. Sólo Bélgica está de parte de la política de la Alta Autoridad. Las abstenciones pertenecen a los luxemburgueses, a los sindicalistas italianos y a algunos representantes de los consumidores.

Cuando el 23 de marzo la misma cuestión se planteaba ante el Consejo de Ministros, el presidente de la Alta Autoridad, Finet, se limitó a una exposición de espíritu con el que el órgano supremo intentaba dominar la situación, que requería “una enérgica acción conjunta” para evitar el aumento de los stocks, reducir las

importaciones y asegurar los ingresos de los mineros. La vaguedad exhibida por la Alta Autoridad ante el Consejo de Ministros, escarmentada del resultado obtenido ante el Comité Consultivo, permitió una cierta aproximación de los países hacia los *propósitos manifestados por Finet*, siendo únicamente Alemania la que mantuvo su firme oposición a la política del órgano superior de la Comunidad. El presidente Finet, en conclusión, anunció que a fines de abril, lo más tarde, serían conocidas las nuevas proposiciones de la Alta Autoridad, sobre las que el 4 de mayo se habría de pronunciar el Consejo de Ministros.

Entre tanto, la Asamblea parlamentaria europea ha celebrado su segunda sesión del año del 9 al 16 de abril, de la que se ha dicho que ha sido la más importante desde que existe la C. E. C. A., dominada enteramente por las preocupaciones en torno a la oportunidad o inconveniencia de llegar a la declaración de "crisis manifiesta". En el seno de la Asamblea se han enfrentado dos contrarias posiciones de principio: de un lado, la Alta Autoridad, partidaria de la "crisis manifiesta" para ordenar limitaciones en la producción y en las importaciones; de otra, la mayoría de los Gobiernos, partidarios de una simple coordinación en las políticas nacionales. Entre estos dos opuestos criterios han girado los debates de la sesión de los días, 14, 15 y 16. Al final, la decisiva intervención de Finet hizo que la balanza se inclinara, *no sin trabajo*, en favor de la tesis de la Alta Autoridad. La votación fué de 44 votos a favor y 12 en contra.

Al finalizar el mes de abril la situación es, pues, la siguiente: la Alta Autoridad ha obtenido de la Asamblea el reconocimiento de la situación de crisis, si bien no utilizando el término "manifiesta" que le permitiría aplicar automáticamente las medidas previstas en el artículo 58 del Tratado; la victoria parcial obtenida parece presumir que los recursos que se han de emplear estarán en la línea, no obstante, de lo que la Alta Autoridad ha preconizado, con el solo apoyo de Bélgica, desde un comienzo. Falta por ver si será capaz de obtener un resultado similar ante los Gobiernos en la reunión del 4 de mayo.

LA SITUACIÓN ANTE EL MUNDO ÁRABE.

Desde que el 14 de julio de 1958 fué derribada la monarquía de Faisal como consecuencia de la victoria del golpe de Estado de Kassem, Iraq ha pasado a convertirse en el foco más activo de expansión comunista en el Oriente Medio. El desarrollo de los acontecimientos ha tomado, en efecto, un curso que conduce inevitablemente, de no producirse uno de esos cambios espectaculares en que son tan pródigos los países mediorientales, a hacer cada vez más profunda la penetración comunista en el régimen instaurado tan violentamente en la República del Iraq. Una cosa es obtener el poder por la fuerza y otra mantenerse en el poder. Y esto último es particularmente difícil cuando para hacer triunfar un golpe de Estado se reclama el concurso de elementos distintos y aun contradictorios. Tal es el caso de Kassem. Pronto fué perceptible la rivalidad entre un sector fuertemente nacionalista, representado por los partidos Istiqlal y Baat y por buena parte del elemento militar, y otro decididamente comunista o filo-comunista.

Como el golpe de Kassem había encontrado un apoyo decisivo en los comunistas iraquíes estimulados por los agentes de Moscú, los nacionalistas árabes se encontraron sin demora en una posición antigubernamental, generándose así, una tensión que hizo crisis con la detención de uno de sus más señalados jefes, el coronel Abdel Salam Aref, vicepresidente del Consejo, detenido y condenado a muerte bajo la acusación de haber preparado un complot para derrocar al régimen republicano de Kassem. Este, dispuesto a eliminar de su Gobierno a todos los elementos que se manifestaban peligrosos para su estabilidad, procedió el 7 de febrero a una reorganización gubernamental para excluir de los nacionalistas partidarios de la unión con la R. A. U., y buscar el apoyo en las fuerzas políticas con que podía contar: el partido nacionaldemocrático, contrario a la fusión entre Iraq y la R. A. U., y los comunistas. Estos últimos han ido paulatinamente ganando mayor influencia no sólo

por su propio dominio de la situación, sino por la ayuda que les presta un régimen que ha establecido estrechas relaciones con la Unión Soviética.

Esta situación ha determinado la formación de una opinión contraria a Kassem en buena parte del ejército. La tensión ha ido aumentando hasta hacer nacer un claro propósito de rebelión, que fué la causa del levantamiento de Mosul, acaecido el 8 de marzo en aquella ciudad del Norte del país. Su jefe, el coronel Abdel Wahab Shawaf, se alzó con las fuerzas de la ciudad y el apoyo de algunos nacionalistas, apoderándose de la estación de radio, desde donde se acusó a Kassem de haber implantado un régimen despótico que traicionaba, al ponerse en manos de los comunistas, los ideales de solidaridad árabe que habían movido el 14 de julio. La reacción gubernamental, sin embargo, fué rápida y el levantamiento quedó aplastado en poquísimos tiempo, no sin registrarse violentas luchas con numerosos muertos, entre ellos la del propio Shawaf y sus más inmediatos seguidores. Ni el momento parecía oportuno para el triunfo, ni Shawaf consiguió la ayuda de elementos militares simpatizantes con los adversarios de Kassem.

Este episodio, que pone de relieve la inestabilidad que domina el país poniendo en difícil situación el futuro político de Kassem, ha de tener como inevitable consecuencia un reforzamiento de las posiciones comunistas ya que el Gobierno se ve empujado a confirmar el carácter comunista de la base en que pretende apoyarse.

Planteadas así la cuestión, sus repercusiones son grandes sobre la situación general del Oriente Medio. La polémica abierta entre Iraq y la R. A. U., ha degenerado en una peligrosa tensión que constituye hoy el motivo más actual de inquietud en aquella zona. La sublevación de Mosul fué saludada desde Damasco por el presidente Nasser como movimiento salvador del nacionalismo árabe. Por lo demás, está fuera de duda la presencia de agentes de la R. A. U., en la preparación de la sublevación. Nasser ha atacado violentamente a Kassem, acusándolo de ser un agente del comunismo internacional y un obstáculo decisivo para el triunfo del nacionalismo árabe, y la radio de El Cairo ha invitado al pueblo iraquí a levantarse con su Gobierno en una campaña que recuerda la que, con iguales términos de violencia, dirigió no hace mucho contra Jordania y su rey Hussein.

Todo ello ha cargado de tensión la atmósfera de los dos países. La R. A. U. ha retirado la mayor parte de su personal diplomático en Bagdad, y el Iraq ha suspendido su contribución al acuerdo recientemente concluído, a instancia de la Liga Árabe, para la constitución de una sociedad árabe mixta que habría de montar oleoductos a través del territorio iraquí.

Pero la agravación de las relaciones egipcio-iraquíes tiene todavía una dimensión que interesa directamente a la política mundial, y cuyas últimas consecuencias no podemos todavía prever. De un lado, la confirmación del Iraq como enclave de la penetración soviética en el Oriente Medio, de otro, la posición anticomunista que de manera decidida ha adoptado Nasser. He aquí dos factores que confieren toda su importancia mayor a la evolución del Iraq y de Egipto en dos opuestos sentidos.

Después de las conversaciones soviético-iraquíes celebradas en Bagdad en el pasado enero, una delegación gubernamental del Iraq ha permanecido en la U. R. S. S. del 25 de febrero al 17 de marzo para negociar un acuerdo de asistencia económica y técnica con la Unión Soviética. Según los términos de ese acuerdo, que fué firmado en Moscú el 16 de marzo, la U. R. S. S. concede a Iraq un préstamo por valor de 550 millones de rublos, a emplear principalmente en la instalación y puesta en marcha de varias empresas industriales ligeras, químicas y de alimentación; y técnicos rusos se aplicarán al estudio de planes de irrigación y prospección en territorio iraquí. Simultáneamente, otra delegación iraquí se trasladó a la Alemania oriental a primeros de marzo con objeto de asistir a la feria de Leipzig, y para tratar de las relaciones comerciales. Iraq, que no tiene una necesidad de créditos extranjeros como Egipto o Siria, acepta y busca la ayuda económica de los países comunistas, pero rechaza en cambio la proposición norteamericana de invertir capitales en el país.

Estos hechos confirman la inclinación pro-soviética del régimen de Kassem y el

interés que para Moscú tiene su instalación en un punto clave del Oriente Medio.

En sentido contrario, Egipto se pronuncia anticomunista, volviendo de sus pasadas veleidades con Moscú, para reanudar su papel de defensor del nacionalismo árabe. Nueva posición de la que el presidente de la R. A. U. no podrá retirarse sin causar un daño enorme a su prestigio en el mundo árabe, y que por lo mismo coloca a su país en una línea política del mayor interés.

Iraq, en armonía con la evolución política antes descrita, ha anunciado el 24 de marzo su retirada del Pacto de Bagdad. En rigor, ya había dejado de participar, después del golpe de Estado del 14 de julio, en las reuniones periódicas del Pacto. Pero para que se vea hasta qué punto el juego de intereses es complicado en aquella zona del mundo, hemos de señalar que la Gran Bretaña, país occidental en el que las vicisitudes del Pacto de Bagdad deben encontrar un mayor eco, no ha tenido mayor dificultad en acordar un suministro de armas a Bagdad, con lo que, pese a la orientación del régimen de Kassem, en la línea de un anticolonialismo de muy inmediata inspiración soviética, no sólo consigue mantener sus normales relaciones con Iraq sino incluso salvar del peligro de expropiación a la participación inglesa en la *Iraq Petroleum Company*.

Precisamente otro acontecimiento que merece ser recogido, se refiere a los intereses petrolíferos de los países árabes. Nos referimos a la Conferencia árabe del petróleo, que ha reunido en El Cairo del 16 al 23 de abril a los representantes de once Estados árabes del Oriente Medio y de Africa del Norte. El propósito de esta Conferencia es el de buscar la colaboración entre los países productores árabes para ordenar de este modo una acción unitaria en defensa de sus intereses comunes y revisar los problemas que reclaman un examen conjunto para su mejor solución. Una reunión de esta naturaleza celebrada hace años hubiera tenido un carácter mucho más "nacionalista", frente a las compañías extranjeras. Hoy día las cosas se presentan de otro modo, pese a los vuelos tomados por la política de reivindicaciones árabes, teniendo en cuenta la experiencia que en punto a nacionalizaciones petrolíferas suministró la política de Mussadeq. Esto explica, probablemente, el tono mesurado en que la Conferencia cairota se ha desarrollado, incluso por parte de la representación de la R. A. U., cuyo esfuerzo propagandístico en favor de las nacionalizaciones es bien conocido.

Muy al contrario, la Conferencia árabe del Petróleo ha reconocido la necesidad de reforzar la colaboración entre los países productores y las compañías extranjeras. No otra cosa aconsejaría la actual situación del mundo árabe, dominado por una profunda desunión que le incapacita para constituir un frente de fuerza en el ámbito más importante de su economía.

Conviene, sin embargo, conceder toda su importancia al hecho de que por primera vez una buena mayoría de países árabes han logrado reunirse con objeto de proceder a un examen conjunto de la unificación de sus políticas, tanto más cuanto que esta Conferencia ha tomado la decisión de reunirse anualmente para continuar en la misma línea ahora emprendida de colaboración.

LA REBELIÓN TIBETANA.

Desde que en otoño de 1950 se consumó la invasión del Tibet por las tropas chinas y, luego, en marzo de 1951, se firmó el Acuerdo con Pekín por el que el País de las Nieves pasaba a considerarse como una provincia de la República democrática china, escasas noticias llegaban de aquella remota región. Se tenía conciencia de que la penetración comunista continuaba lentamente, de que la población, en especial la más caracterizada, la monástica, fiel a sus tradiciones, ofrecía resistencia a la política de colectivización china, y, en fin, de que bandas de rebeldes luchaban con las tropas de Mao en varias zonas del territorio, amparándose en su difícil geografía. Súbitamente, en la segunda quincena de marzo, el Tibet ha vuelto a la actualidad internacional al producirse un levantamiento contra China que ha determinado la huida precipitada del Dalai Lama, quien, con un reducido grupo de fieles y familiares, ha buscado refugio en la Unión India. Simultáneamente, las tropas chinas, sin perjuicio de verse obligadas a con-

tinuar la lucha con los rebeldes, han afirmado su ocupación de Lhasa, en donde el Panchen Lama ha constituido un gobierno procomunista.

Lo repentino de estos acontecimientos no debe engañar respecto a la continuada presencia de una situación, a lo largo de nueve años, que es la causa inevitable de la lucha armada iniciada en Lhasa el 19 de marzo. El Acuerdo chino-tibetano de 1951 aparentó reconocer la autonomía del Tibet y el respeto a la autoridad del Dalai Lama, que conoció entonces su primer exilio, así como a la estructura socio-religiosa del país. Pero al propio tiempo, el Panchen Lama, vinculado a la política de Pekín, era restablecido en su autoridad, el control de los asuntos exteriores era asumido por la República china, y de la defensa se responsabilizaba un Comité militar chino residente en Lhasa. Las tropas tibetanas, conservando la organización que les era tradicional y manteniéndose separadas de las chinas, eran muy inferiores a éstas y estaban destinadas a ser progresivamente absorbidas por ellas. En fin, la cuestión fundamental del *status* jurídico del Tibet era resuelta en el sentido de afirmar la soberanía china sobre el mismo. Lo cual fué confirmado en otro importante texto internacional que interesa recordar aquí: el Acuerdo chino-hindú de 29 de abril de 1954, que vino a ser el primer reconocimiento internacional de la reivindicación de la soberanía china. Este Acuerdo es el que regula las relaciones entre los dos Estados en lo que se refiere al Tibet, al que se llama "región tibetana de China".

Los 17 puntos del Acuerdo de 1951 no fueron sino una cortina tras la que se preparaba la total absorción del Tibet y la eliminación de todo vestigio de su autonomía y régimen tradicional. La imposición *manu militari* ofrecía grandes dificultades y se quiso actuar con procedimientos más hábiles. Sin embargo, hacia fines de 1955, en la provincia de Jam, se produjo un levantamiento anticomunista, que aunque reducido con crueldad, determinó la extensión del movimiento de rebeldía que ha conducido a los hechos antes aludidos.

Por lo que se refiere a las repercusiones en el plano internacional de la violenta represión comunista y de la consiguiente confirmación del poder de Pekín sobre el legendario país de los Lamas, interesa precisar tres cosas: en primer lugar, que la suerte futura del Tibet o las derivaciones de la presente situación no son fáciles de prever puesto que dependen de diversos factores: la suerte de la lucha, la estabilidad que pueda alcanzar el gobierno precomunista, la prosperidad de las medidas sociales y agrarias impuestas por Pekín, la actuación del Dalai Lama en el exilio, etc.; en segundo lugar, que el eco alcanzado por la crisis tibetana ha sido mucho mayor en la prensa que en los despachos gubernamentales, de forma que si bien no se ha ocultado la simpatía por los rebeldes, no se ha llegado a ninguna resolución de importancia, especialmente por parte de Washington y Londres, no favorables a hacer del Tibet un punto esencial en el desarrollo de la guerra fría; las alusiones a Hungría o las condenas de los métodos comunistas en general no son suficientes como para impulsar a decisiones mayores a los Gobiernos occidentales. Y, finalmente, que las repercusiones en Asia que tienen mayor interés son las que afectan a la India y en la medida en que la presencia del Dalai Lama en este país fuerza a adoptar al primer ministro, Nehru, una actitud clara respecto a Pekín. Las ayudas prometidas por Taipek tienen escasa importancia y más pueden valer como instrumento de propaganda del Gobierno nacionalista chino, que de efectivo apoyo a la lucha de los anticomunistas tibetanos.

FERNANDO MURILLO RUBIERA.

